

# HETERODOXOS, RAROS Y OLVIDADOS EN LA OBRA CRÍTICA DE JOSÉ LUIS CANO

*Alberto González Troyano / Universidad de Cádiz*

Sólo situándonos en la España de los años cuarenta y cincuenta podremos valorar lo que significaba por entonces escribir al margen de las directrices oficiales del régimen. Y a esa dificultad se unía la coacción general de un ambiente que consideraba sospechosa cualquier actividad literaria o cultural no programada por los vencedores.

Unos por odio y resentimiento, otros por miedo, las consecuencias, de todos modos, eran que un deliberado olvido había silenciado cualquier referencia a títulos literarios y a nombres que de alguna manera pudiesen evocar la imagen de una España liberal, tolerante o crítica. Si la guerra había provocado muertes y exilios entre los escritores leales a la República, en la postguerra se mantenía contra ellos otra destrucción simbólica, al extirpar cualquier alusión a sus obras y a su pensamiento.

Pero no sólo eran víctimas de ese sistema de exclusión los autores inmediatos, contemporáneos, que, dentro o fuera de España, no se prestaron a componenda alguna con el régimen. También, en su ambición totalitaria de reconstruir una imagen del pasado que se aviniera con el ideario imperante, mezcla de integrista católico y nacionalismo intransigente y ultraconservador, el aparato de censura y control del franquismo, con el consecuente apoyo eclesiástico, realizó una revisión maniquea de la cultura y de la literatura de los siglos anteriores, de la que quedaron condenados unos nombres y salvados aquellos que le permitían al régimen, tras manipularlos, fabricarse unos antecedentes para su genealogía ideológica. Entre los primeros figuraban los que habían mostrado en su momento, por sus obras o por sus actitudes, posturas que, desde la perspectiva de los componentes ideológicos aglutinados por el franquismo, podían considerarse heterodoxos y críticos.

Mas no se trataba sólo de control y vigilancia ideológica, también la moral y las costumbres exhibidas en las obras literarias eran juzgadas según el buen o mal ejemplo que propagasen ante unos lectores que, en eficaz simbiosis, la iglesia y el estado debían de manera estricta y minuciosa tutelar y proteger. Así, sucedía con frecuencia que muchas obras que, gracias a sus extraordinarios valores literarios, contaban ya con una sólida implantación dentro del panorama cultural español,

## Ponencias

descendieran del sitio que hacía siglos tenían asignado y fueran sometidas a cortes, manipulación, ocultamiento o condena, según la tradición eclesiástica -no por pueril menos drástica- de imponer un ineludible censo de 'lecturas buenas y malas'.

Por todo ello, quedaban pocas fisuras utilizables fuera de una doctrina oficial omnipresente. Los exilados, dentro de sus grandes dificultades y desarraigos, contaron cuando menos con esa ventaja: la coacción y la censura del franquismo no se extendía por aquellos países que los acogieron. Y en muchos casos, en México, en Argentina, en Puerto Rico, se crearon activos centros de-difusión de la cultura española a través de nuevas editoriales y revistas.

Pero para los que estaban dentro, en España, y no aceptaban la asfixia cultural imperante, no había apenas posibilidad de cultivar el recuerdo y la lectura de los otros, de los que por un motivo u otro habían sido estigmatizados por el poder establecido.

Sin aludir a estos tristes condicionantes históricos no es fácil comprender el papel desempeñado por José Luis Cano, por los años en que él, a la par de su producción poética, decide también ampliar su labor literaria hacia la crítica. El clima no puede ser menos propicio para alguien que se reclama de unas ideas abiertas y progresistas, que ha surgido al mundo de las letras de la mano de unos poetas que están muertos, proscritos o exilados, y que, por tanto, al contar con un gusto propio, con una sensibilidad moderna, no está dispuesto a aceptar las normas éticas y estéticas difundidas desde el oscurantismo del aparato propagandístico del franquismo.

Y así, en aquella situación, a José Luis Cano sólo le cabía escribir en soledad, con la nostalgia de los amigos perdidos y la intención puesta en recuperar la memoria de los autores olvidados. Era una tarea llena de riesgos, sin apenas plataformas desde las que actuar, y con nula proyección más allá del reducido grupo que, en el interior del país, frente a la cultura del régimen, mantenía una resistencia simbólica de gran dignidad. Y las pequeñas conquistas de libertad que se conseguían resultaban casi imperceptibles: un día se citaba en un artículo el nombre de un autor maldito, otro día, bastante después, se dedicaba una breve reflexión a su obra, finalmente en otra ocasión, pasado el tiempo, ya se le publicaba un poema. Fue ese un dilatado aprendizaje ante las arbitrariedades de una censura oficial, que consumió los esfuerzos y la astucia, durante largos años, de aquellos que buscaron en la prensa un nuevo espacio de libertad.

En el caso de José Luis Cano habría de ser significativa esta entrega por lo que tuvo de afirmación de unos valores en peligro de olvido, pero también porque iba unida al rechazo y negación de los representantes de la literatura aplaudida por el régimen. Ni una concesión, ni un intento de reconocimiento de la cultura oficial con el fin de, al compaginar unos y otros, ampliar las posibilidades de dar entrada a los excluidos. Muchos por aquel entonces pactaron, con el fin de abrirse un mayor campo de maniobra. No fue ese su caso. Mantuvo siempre unos criterios muy evidentes sobre quienes eran sus autores, con una fidelidad que no permitía mezclas y gracias a esa voluntad no dispuesta a hacer transacciones, el extenso itinerario crítico del poeta algecireño sólo está jalonado con nombres y obras cuya complicidad compartía plenamente. Antes prefirió no escribir que hacerlo sobre algo o sobre alguien que no le resultara apreciable desde su perspectiva.

Su actividad crítica la fue ejerciendo en los escasos reductos periodísticos del interior del país, que él mismo fue abriendo, sobre todo en la revista *Ínsula*, de la que tantos años fue primero secretario y, después, director. Complementando esa labor con otras colaboraciones en otros órganos de expresión del hispanismo en el extranjero.

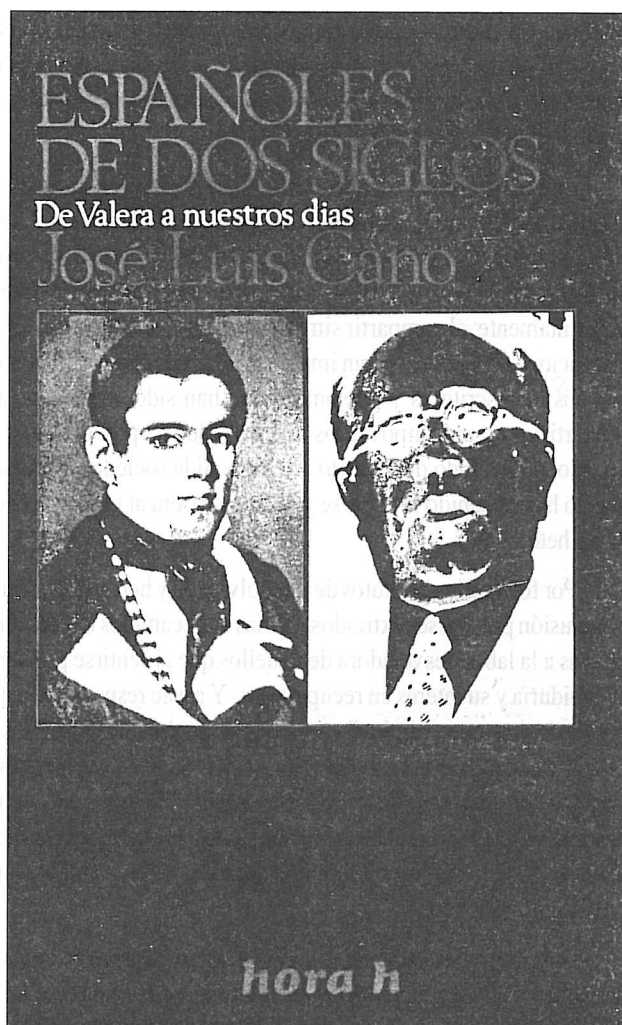
Orientó casi siempre sus trabajos hacia ese tipo de publicaciones. La prensa fue, pues, el soporte que acogió la mayor parte de su obra crítica, y este destino le presta un peculiar carácter a sus escritos, con su consecuente limitación de espacio, y un planteamiento en el que compaginaba los necesarios aspectos informativos con buenas dosis interpretativas, procurando atender a unos tipos de lectores que podían abarcar desde el interesado por la literatura, pero todavía sin iniciar, hasta el especialista. Esa era la gama a la que se dirigía *Ínsula* y esa debió ser la referencia que José Luis Cano tuvo siempre como

modelo. En los años en que surge esta revista, las opciones eran escasas y durante mucho tiempo continuaría desempeñando ese papel de refugio único. Su margen era estrecho, pero cuando menos existía esa voz no contaminada.

En los libros en que José Luis Cano recopiló esa labor periódica cuidó de resaltar ese origen, siempre con ese aire modesto, que a él le gustaba mostrar y que constituye una de sus señas más característica. Dice así en una "nota preliminar" al comienzo de *El escritor y su aventura*: "Los trabajos que reúno en este librito, con la pretensión, probablemente infundada, de que encuentren unos pocos lectores curiosos, han sido escritos a lo largo de varios lustros y publicados en diversas revistas españolas y americanas"<sup>(1)</sup>. Casi con los mismos términos vuelve a justificar la edición de *Españoles de dos Siglos (De Valera a nuestros días)*<sup>(2)</sup>, *Heterodoxos y prerrománticos*<sup>(3)</sup> e *Historia y poesía*<sup>(4)</sup>, y a su vez, recurre a un similar tono comedido al disculpar la composición de todos estos volúmenes: "He seleccionado los trabajos caprichosamente, mezclando los comentarios a libros con trabajos sobre amistades y relaciones literarias, digamos que ha resultado un libro variopinto". Expresión esta última que debía apreciar en sumo grado como forma de calificar la configuración de sus libros ya que vuelve a insistir en ella en otra nota preliminar: "Más bien está pensado como una diversidad de temas varios y a veces contrapuestos, que lo convierten en un libro variopinto y quizá caprichoso".

Trasluce así una humildad sentida, propia de alguien que piensa que el oficio del crítico es el de un servicio al lector y de mediador ante los autores. Pero también refleja su fidelidad a lo que había sido su propio gusto personal por una amplia gama de intereses. En aras de querer dar una sensación posterior de aparente coherencia, o de sumisión ante las divisiones y especialidades académicas, no quiso traicionar sus intenciones primeras. Si variados y caprichosos habían sido sus intereses a la hora de escoger sus trabajos, variopintos también debían ser los libros en que fueron recopilados.

Pero diversidad de cuestiones, de autores, de géneros, de épocas, no excluye que no sea posible deslindar una serie de constantes por las que José Luis Cano se sintió llamado, escribiendo una y otra vez sobre ellas. Entre las que figuran el seguimiento de la actividad poética de sus contemporáneos, la evocación biográfica y crítica de aquella Generación del 27,



(1) José Luis Cano: *El escritor y su aventura*. Plaza y Janés, Barcelona, 1966; pág. 11.

(2) José Luis Cano: *Españoles de dos siglos (De Valera a nuestros días)*, Seminarios y Ediciones, Madrid, 1974.

(3) José Luis Cano: *Heterodoxos y prerrománticos*, Júcar, Madrid, 1974.

(4) José Luis Cano: *Historia y poesía*, Anthropos, Barcelona, 1992.

## Ponencias

con la que él compartió, desde su juventud, gustos literarios y amistad entrañable, sus incursiones en la poesía modernista, y algunas otras más. Afortunadamente, esas facetas suyas, gracias a los muchos servicios que ha rendido a la historia de la literatura del presente siglo, con sus aportaciones y testimonios personales y con su fina sensibilidad crítica de gran lector, han sido ya señaladas y elogiadas.

En cambio se ha insistido menos en la inclinación de José Luis Cano por unos autores que podrían haberse acogido bajo la titulación común de heterodoxos, raros y olvidados en el momento en que él se ocupó de ellos. Dadas las específicas circunstancias de la cultura española, y mucho más en los primeros treinta años en que escribe José Luis Cano, los calificativos de raros, olvidados y heterodoxos eran con frecuencia intercambiables y podían aplicarse a unos y otros autores indistintamente, al compartir similares rasgos. La norma y el canon del gusto literario y el control del pensamiento desde las instituciones del poder se han impuesto de manera tan excluyente, en tantas ocasiones, en la historia de España, que han sido muchos los escritores y personajes que han sido empujados a sufrir una consideración heterodoxa, lo cual equivalía a convertirlos en unos tipos raros, lo cual a su vez provocaba su olvido y marginación. Pero también se ha dado el proceso inverso: el olvidado debía serlo por algo. Si la sociedad y los lectores no lo mantenían en su recuerdo, el error recaía en él, que no habría sabido integrarse y ajustar su obra al gusto y a la opinión establecida; luego se trataría de un raro y por tanto de un heterodoxo.

Por fortuna los estatutos de raro, olvidado y heterodoxo son siempre algo provisionales. De sus situaciones de oscuridad y exclusión pueden ser extraídos gracias a los cambios de sensibilidad, a nuevas apreciaciones éticas y estéticas, y sobre todo gracias a la labor desveladora de aquellos que al sentirse por algún motivo próximos y cómplices de los marginados, ponen su sabiduría y su interés en recuperarlos. Y a este respecto, el papel desempeñado por José Luis Cano fue ejemplar, e incluso podría decirse que cuando él comienza su tarea crítica todos los autores de los que pasó a ocuparse todos eran heterodoxos, raros y olvidados. Sobre todos ellos se proyectaba el malditismo de la exclusión: Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, García Lorca, León Felipe, Francisco Ayala, Manuel Azaña, entre otros. Sobre ellos estuvo latente la condena del silencio hasta que el esfuerzo de los que reclamaban un puesto para sus nombres, la presión de la calidad de las propias obras literarias que no podían ser más tiempo ocultadas, y la paulatina apertura cultural del régimen franquista, posibilitaron su reconocimiento público.

Sobre otros, en cambio, el olvido y la marginación no eran tan circunstanciales. No era sólo una presión política reciente la que los mantenía alejados de las historias de la literatura, de la prensa, de la edición y de los lectores. Las motivaciones podían ser más complejas y venir de más lejos. Pero igualmente se trataba de injusticia literaria, de postergación ideológica, de desfase histórico, o del mero azar que, a veces, también consiente que unas obras se consagren mientras otras, igualmente meritorias, permanecen relegadas. De ahí la necesidad de ese tipo de críticos que no sólo enfocan autores y obras aceptadas ya por todos sino que también, con ánimo de corrección y compensación, se adentran en el pasado, reparando olvidos, o escudriñan por los rincones menos socorridos del presente.

Y con esa actitud José Luis Cano se sintió solidario de manera constante y jalonó su obra crítica con rescates de autores indebidamente menospreciados, atrayendo la atención sobre géneros literarios -por ejemplo, los libros de memorias, las autobiografías, la correspondencia- cuyo valor solía pasar entonces inadvertido. Cuando se recorren sus estudios sorprende su mirada profética: supo discernir lo que debía recuperarse y mantenerse, con una perspicacia tanto más de apreciar cuando eran años de tanta penuria intelectual y de tan escasa perspectiva para comparar y elegir. Eso fue posible porque estaba motivado por una amplia curiosidad como lector. No cayó en la trampa de las especializaciones artificiales y académicas, adentrándose por la literatura extranjera con la misma ilusión que se alejaba sus contemporáneos para recalcar en los siglos

XVIII y XIX. Pudo descubrir cosas porque fue, antes que nada, un lector para el que la lectura primero es un placer, y, además, pero después, un crítico que ve su oficio como un medio para contagiarle a los otros el placer por lo que él ya ha leído.

En medio de aquellos años aciagos en que él nació para la literatura, las bibliotecas debieron ser su único refugio y pudo leer no sólo mucho, sino de manera caprichosa, variopinta, teniéndose a sí mismo como guía y maestro. Y esos descubrimientos personales marcan, ayudan a buscar cómplices en la soledad de una lectura no programada más que por el propio gusto. Por eso se hace necesario situar la formación literaria de José Luis Cano en su tiempo, porque esa localización hace comprensible su querencia hacia unos autores que, como él mismo dice, "han llamado mi atención y suscitado mi simpatía por su espíritu rebelde e inconformista, rondando a veces lo heterodoxo, que les llevó alguna vez al destierro o a la cárcel"<sup>(5)</sup>.

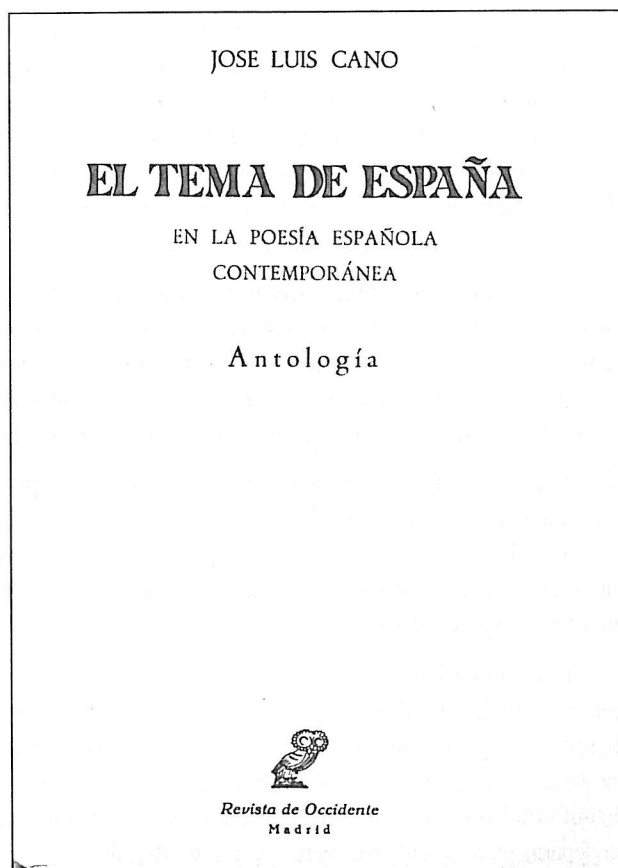
Por tanto, la complicidad con esos escritores que lindaban con la marginalidad, por un motivo u otro, vino propiciada por la propia situación histórica y social que vivió José Luis Cano y vio vivir a sus amigos. Él debió contemplarse a sí mismo como una prolongación obligada de todos aquellos a los que, durante los dos siglos anteriores, no les había quedado más remedio que escoger la heterodoxia ante la omnipresencia de unos dogmas políticos y religiosos excluyentes. ¿Quién convirtió en heterodoxos a Mariana Pineda, a León Felipe, a Azaña, a Somoza, a Blanco White? Enfocados todos ellos, por José Luis Cano, con la mirada solidaria del que también ha sido empujado a padecer, por sus ideas, la exclusión y la cárcel. Al recuperar esta cita de Luis Bonafoux, es a alguien más que a Bonafoux a quien está aludiendo: "Rebuscando en las páginas de mis libros la causa de los motines que me dispensaron alguna vez pueblos benéficos, de las persecuciones que no me han dejado vivir en paz, de todo el horror de injurias y calumnias que ha vomitado la prensa contra mí, deduzco que la verdad de mis libros tiene la culpa de todo. Pienso seguir diciéndola en los sucesivos, porque decirla es más fuerte que yo"<sup>(6)</sup> Un drama equiparable al de Azaña, del que, en el mismo libro, Cano comenta: "...al aspirar, con su acción a transformar una vida nacional [...] Sabe que ha de luchar con resistencias fatales y quizás incoercibles"<sup>(7)</sup>. Por tanto hubo de plantearse, como ejemplifica el caso de León Felipe: "un deseo irresistible de huida, de escape a otras tierras, a otros mundos, más que por deseo de aventura, por huir de un clima ingrato e inmisericorde"<sup>(8)</sup>.

(5) José Luis Cano: *Heterodoxos y prerrománticos*, pág. 7.

(6) José Luis Cano: *Españoles de dos siglos (De Valera a nuestros días)*, pág. 142.

(7) *Ibidem*, pág. 237.

(8) *Ibidem*, pág. 250.



## Ponencias

De nuevo, otra cita, esta vez de Blanco White, manifiesta la sensibilidad y la fijación de José Luis Cano por estas cuestiones: "Si se hubiera afianzado el gobierno de José Bonaparte, mi patria hubiera dejado de ser para mí un lugar de servidumbre mental; con todo, desde el instante en que oí que mi propia provincia se había alzado en armas, abracé mis cadenas y volví sin demora al lugar en donde sabía que me desollarían más: a Sevilla -la ciudad más fanática de España-, en aquel momento bajo el dominio absoluto de una plebe supersticiosa e ignorante, guiada por esa porción del clero para mí objeto de un desprecio y horror igualmente grandes; regresé, sí, con constante peligro de mi vida, a través de provincias convulsionadas por una anarquía feroz y sanguinaria"<sup>(9)</sup>.

**Obligados, por tanto, a disentir**, sería el epígrafe común de este muestrario de heterodoxia hispánica. En los momentos, todos anteriores a 1974, en que José Luis Cano escribe estos trabajos, quizás pudo servirle de 'consuelo' comprobar que la situación vivida por él en los últimos treinta años, había estado precedida de dramas similares. Fue aquella una época, pues, de recaída más en los múltiples periodos de la España Negra, aunque siempre alumbrados con voces disonantes que reclamaban, como el propio José Luis Cano, la no resignación y la rebeldía,

La relectura de estos ensayos críticos, quizás ya no impliquen, en estos momentos, un proceso de identificación como el de antaño. Pero todavía pueden suscitar y llamar a una conciencia vigilante. Y aunque, en la actualidad, la presencia de la norma, al manifestarse más difusa y menos excluyente, provoca que la figura del heterodoxo apenas se perciba, de todos modos, la recuperación, para nuestra memoria, de su larga serie de hechos y escritos, emprendida por José Luis Cano, reúne un interés no perecedero.

Es comprensible, además, que el culto al heterodoxo estuviese vinculado en la mentalidad del crítico algecireño, a la del 'raro' y a la del 'olvidado'. Suelen los tres ser víctimas del mismo sistema de exclusión, pero con motivos y estatutos distintos, porque mientras el heterodoxo surge como reacción en un periodo de ideas y creencias fuertes y en un clima de intransigencia, el raro suele darse más como consecuencia del cultivo de una actitud propia, que aparece como extraña ante la uniformidad y la homogeneización existente en cuestiones de gusto, de hábitos de vida y de estética. El raro se disgrega, se separa, para defenderse, para crearse un mundo para sí y no dejarse difuminar por la presión de unas constantes uniformadoras.

Alimentadas por estos tipos raros se dieron en la literatura numerosas situaciones raras, a las que José Luis Cano gustó de prestar atención, relatarlas e interpretarlas, porque supusieron rupturas e innovaciones desafiantes en su tiempo, como la peculiar vida amorosa de Paulina Viardot, la aventura africana de Rimbaud, la insólita producción poética de Bruno Portillo, o la velada existencia de Florián Coetanfao. Enfocar y mostrarnos su complicidad con estas rarezas literarias equivalía a señalar la siempre posible escapatoria ante las coacciones convertidas en formas de vida ineludibles. Y así, se dieron personajes literarios y no literarios que lograron forjarse -unos en franco desafío, otros de forma más silenciosa- unas maneras de amar, de vivir, de escribir, con las que se eludían la inercia de las tradiciones impuestas. Al reseñar de manera tan minuciosa la vida del "Extraño barón Corvo" se percibe la deleitación del que desmenuza los episodios de un itinerario que se hubiera gustado compartir.

La rareza, sobre todo si es una rareza innovadora y no una rareza de repliegue, encubre un gran efecto de distinción provocadora. La fuerza de las imágenes de Alejandro Sawa, o de las cartas eróticas de Valera, estudiadas por José Luis Cano, han disminuido parte de su aspecto escandaloso para un lector actual, pero encierran espléndidos testimonios de dos cultivadores de lo propio ante una moral colectiva anodina y pacata.

---

(9) *Ibidem*; pág. 137.

Pero si el comportamiento de los raros puede quedar 'integrado' con el paso del tiempo, mucho más expuesto a ello está el estatuto del olvidado. Por esta última figura José Luis Cano sintió gran predilección y fue uno de los campos en que más le gustó adentrarse, con la intención de desvelar al que no merecía continuar ignorado o infravalorado, y como consecuencia con ese ánimo redentor literario acudió a Cienfuegos, a Cansinos Assens, a Manuel Reina, a Luis Bonafoux, a Juan Antonio Llorente, a Francisco Sánchez, a Augusto Ferrán, a Juan Rejano, a José Somoza. Mas con su lucha literaria por estos autores, se abrió para ellos la posibilidad de una notoria paradoja: José Luis Cano acudió incitado por el olvido y el silencio que envolvía sus obras, pero al descubrirlos, al hacer ver la injusticia poética de su postergación, estaba provocando su rescate y, por tanto, la pérdida del peculiar prestigio que les daba su estatuto de olvidados.

Este fue uno de los mejores efectos del poder crítico e investigador del escritor algecireño. Dotado de un gran sentido como lector, proyectó su pasión sobre una larga serie de extraños autores y animó a otros a leerlos e investigarlos. Y a este respecto su mirada no pudo ser más profética. ¡Cuántos autores que él, hace treinta o cuarenta años, consideraba indebidamente olvidados han obtenido, después, una apreciación literaria insospechada entonces! Blanco White, Rafael Cansinos Assens son sólo los ejemplos más llamativos de una larga nómina.

Abrió, pues, José Luis Cano con su obra crítica, tres frentes conexados y solidarios: olvidados, raros y heterodoxos fueron para él las tres caras de un mismo combate alentador, en el que se mostró extraordinariamente fértil para sus lectores contemporáneos y también para los posteriores. Al recurrir, y mostrarnos en sus páginas, los olvidados que debían rescatarse, nos convenció de que ello era posible gracias al poder de una pluma, como la suya, motivada por la pasión, el rigor, la necesidad y el entusiasmo. Al señalarnos los tipos raros, perdidos entre tantos avatares literarios y mundanos, nos enseñó también, al mismo tiempo, que fue factible, con sus comportamientos, desafiar las presiones uniformadoras. Y al destacar la labor ejemplar de sus heterodoxos nos mostró, además, que ha habido siempre una forma, incluso en las más oscuras épocas, de enfrentarse a la intransigencia política y a la exclusión ideológica.

The first part of the document discusses the importance of maintaining accurate records of all transactions. It emphasizes that proper record-keeping is essential for the integrity of the financial system and for the ability to detect and prevent fraud. The text also mentions the need for regular audits and the role of independent auditors in ensuring the accuracy of the financial statements.

The second part of the document focuses on the internal controls that should be implemented to safeguard assets and prevent errors. It outlines the key components of an effective internal control system, including the segregation of duties, the establishment of clear policies and procedures, and the use of physical and technological safeguards. The text also discusses the importance of training employees and the need for a strong culture of ethics and integrity.

The third part of the document addresses the external factors that can influence the financial performance of an organization. It discusses the impact of market conditions, government regulations, and the actions of competitors. The text also mentions the importance of maintaining good relationships with suppliers and customers, and the need for effective communication and collaboration within the organization. Finally, the document concludes by emphasizing the role of leadership in setting the tone for the organization's financial and ethical practices.